

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

60-61-62

ENERO-DICIEMBRE

1956

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynex

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
María de la Luz Grovas	<i>La Asociación de Universi- tarias Mexicanas y la Cá- tedra de Verano de 1956</i> 13
Palma Guillén de Nicolau D'Olwer	<i>La mujer en la historia de México</i> 23
Luz Vera	<i>El feminismo en el México Independiente</i> 45
Paula Gómez Alonzo	<i>Ensayo sobre la filosofía en Sor Juana Inés de la Cruz</i> 59
Dionisia Zamora Pallares	<i>La mujer en la educación</i> 75
Soledad Anaya Solórzano	<i>La mujer y la paz</i> 83
Ana María Flores	<i>La mujer y la ciencia</i> 101
María Esther Talamantes	<i>La mujer y la política</i> 109
Esperanza Pulido	<i>La mujer mexicana en la música</i> 119
Remedios A. Ezeta	<i>La mujer mexicana ante el Derecho</i> 135
Marianne O. de Bopp	<i>La mujer en la Universidad</i> 147
María Teresa Chávez	<i>La mujer en la familia</i> 165

	Págs.
María del Rosario Oyarzun	<i>La mujer y la justicia</i> 185
Irene Talamás de Kitain	<i>La mujer en la medicina</i> 197
María del Carmen Ruiz Cas- tañeda	<i>La mujer mexicana en el periodismo</i> 207
Guillermina Llach	<i>La enfermera y la trabaja- dora social</i> 223
Martha Chávez de Velázquez	<i>La mujer y la Reforma Agraria</i> 235
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>El último ensayo de Antonio Caso (La muerte y el ser)</i> 245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan A. Ortega y Medina	<i>El cristianismo antiguo.</i> (Charles Guignebert) 261
Vicente T. Mendoza	<i>La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes.</i> (Miguel León Portilla) 264
Agustín Millares Carlo	<i>Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII.</i> (J. Luis Maneiro y Ma- nuel Fabri) 272
Agustín Millares Carlo	<i>Poesías españolas.</i> (Diego José Abad) 274
Eduardo Luquín	<i>El estado mental de los tuberculosos.</i> (José Torres) 275
María del Carmen Landero R.	<i>Símbolo y deseo.</i> (Oswaldo Robles). 285
César Rodríguez Chicharro	<i>La bruma lo vuelve azul.</i> (Ramón Rubín) 290
César Rodríguez Chicharro	<i>El corrido de la Revolución Mexi- cana.</i> (Vicente T. Mendoza) 293

	Págs.
Eduardo Blanquel	<i>Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan.</i> (Diego Arenas Guzmán) 295
Inés Vargas de Núñez	<i>La philosophie indienne.</i> (H. de Glasenapp) 298
Alfonso Zahar Vergara	<i>Samuel Ramos. (Su filosofar sobre lo mexicano.)</i> (Juan Hernández Luna) 304
J. H. L.	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 311

LA MUJER Y LA CIENCIA

El cerebro humano tiene un límite para la adquisición de los conocimientos científicos, límite que sólo se alcanza con la vejez, con la enfermedad o con la muerte. Mientras el individuo está fuera de estas limitaciones, su cerebro estará capacitado no sólo para aumentar sus conocimientos científicos, sino también para ofrecer a la humanidad nuevos descubrimientos o teorías.

Resultaría inmensamente difícil hacer una clasificación de las ciencias puras y de las ciencias aplicadas, ya que ni siquiera existe una definición de la palabra "ciencia" aceptada universalmente, pero puede hacerse un intento para mencionar alguna de las ciencias más importantes, y de mayores aplicaciones a la naturaleza y al fin del hombre.

La física, las matemáticas, la química, la astronomía, la geología, la biología, la medicina, la farmacia, la agronomía, la estadística, son algunas de las más importantes ciencias puras o aplicadas, y varias de ellas son ramas de ciencias más importantes.

Al través del tiempo y de los progresos y descubrimientos del saber humano, el número de las ramas de la ciencia y de las ciencias aplicadas ha aumentado asombrosamente para bien de la humanidad y para una mejor satisfacción de sus necesidades. Pero aún queda mucho por descubrir. Es increíble cómo se enfrenta el hombre de ciencia a problemas no resueltos todavía y por cuya solución luchan los grandes cerebros humanos que, en muchos casos, tienen disponibles para sus investigaciones medios ilimitados y la colaboración de cientos de hombres y de mujeres que se empeñan en arrancar de lo desconocido aquello que abrirá senderos a las ciencias.

Hablar de la ciencia es hablar todavía en términos de lo ignoto. Tan solo se puede hablar de lo que hasta nuestros días es conocido, pero quien ha laborado en el campo de la ciencia durante los últimos 30

años ya se ha percatado de que día a día aparecen nuevos descubrimientos y nuevas teorías. Este hecho provoca la humildad y la ausencia de vanidad en el verdadero hombre de ciencia; la humanidad, si bien ha descubierto muchas de las leyes de la ciencia, está todavía ciega respecto a muchas otras desconocidas y se siente decepcionada, aunque optimista, al tratar de conocer todo el caudal maravilloso de las leyes que determinarán el pleno conocimiento de las ciencias.

Para la aplicación de las leyes científicas y para la investigación, poco se ha pensado en la mujer, o tal vez ella, por su timidez innata, teme enfrentarse con tan serios problemas. Pero la ciencia necesita tanto del hombre como de la mujer, porque si el uno puede darle su vigor, su tenacidad, su fuerza, la otra puede ofrecerle su intuición, su espíritu de sacrificio, su apego y su devoción.

Vivimos en una época de competencias y la mujer se enfrenta al dilema de cuáles conocimientos adquirir en su entusiasmo por servir a sus semejantes y en su lucha por la vida. Surge entonces la idea de especializarse en alguna ciencia en la cual no haya demasiada competencia. Pero instantáneamente surge también el pesimismo y el temor de no tener la capacidad suficiente para adquirir los difíciles conocimientos y alcanzar el triunfo. Vuelve la mujer a optar por los estudios sencillos y elude aquellos que podrían convertirla en una servidora de la ciencia.

Esto es absurdo; la mujer de inteligencia normal tiene capacidad suficiente para acumular los conocimientos de las ciencias puras y aplicadas y si no ha hecho grandes aportaciones al desarrollo de las mismas ha sido por dos motivos: porque se le han negado oportunidades para dedicarse a la investigación científica, y porque ella ha tenido miedo al fracaso. Todos los seres humanos, hombres o mujeres, son susceptibles de fracaso dentro de la aplicación de las leyes científicas o dentro de la investigación, pero ello no debe, por ningún motivo, crearles una idea pesimista o de desaliento en cuanto a sus facultades o a su inteligencia.

Hoy en día, miles de mujeres en todo el mundo triunfan en las matemáticas, en la física, en la química, en la biología y en las otras ciencias. No sería posible proporcionar sus nombres y nacionalidades, pero esto no interesa; lo interesante es saber que la mujer va venciendo sus prejuicios y que se apresta a servir a sus semejantes, enarbolando la bandera de la ciencia. Las que tal hacen son respetadas y admiradas

por su labor fructífera y por la devoción y ternura que ponen en su trabajo.

Nuestro país cuenta también, con mujeres que consagran su vida, o parte de ella, a colaborar airoosamente en el terreno científico. Ello no les ha restado nada de la feminidad ni de la dulzura propias de la mujer mexicana, ni abandonan sus deberes de hija, de esposa, o de madre. Su calidad humana de *mujer admirable, fruto del cruce de dos sangres diferentes*, permanece intacta, y el triunfo científico no la hace petulante ni orgullosa. Lleva, eso sí, el orgullo íntimo de servir a su Patria y a sus semejantes.

Para no incurrir en omisiones al nombrar a mujeres mexicanas que se dedican a la ciencia y que hacen una labor fecunda y en muchos casos reconocida mundialmente, no mencionaré nombres, sobre todo porque no conozco a todas aquellas que en la provincia dedican su vida a la *investigación científica*. Pero es bien sabido que México cuenta ya con gran número de mujeres que se dedican a la medicina, a la biología, a la química, a las matemáticas, a la estadística, a la ingeniería, a la agronomía, etc. En casi todas las ramas científicas hay mujeres que se destacan brillantemente por su indiscutible y meritorio trabajo. Por lo que hace al resto del mundo, he tenido la fortuna de viajar por diversos países y en esos viajes he conocido a mujeres científicas que casi siempre han dejado en mi un recuerdo imborrable por su talento, su entusiasmo en el trabajo, su feminidad, su sencillez y en varios casos hasta por su hermosura.

Voy a referirme brevemente a algunas de ellas para que ustedes puedan, junto conmigo, dedicar su pensamiento y también su admiración a tales mujeres quienes tal vez en este momento no se encuentren en su laboratorio de trabajo, sino que se encuentran llenando de cuidados y de ternura a sus padres, a sus hermanos, a su esposo o a sus hijos. Al pasar al lado de estas mujeres y conversar con ellas, siempre recordé a alguna mexicana que se dedica a la misma o parecida actividad en nuestra Patria. Con ello quiero decir, que la mujer mexicana se encuentra colocada en un plano de paralelismo científico semejante al de todas las otras mujeres del mundo.

Principiando por el Continente Americano, diré que en Canadá, en Vancouver y en Toronto, conocí a una destacada matemática y a una cirujana que me cautivaron por su bondad y su labor social inigualables.

En los Estados Unidos tengo estrecha amistad con una famosa estadista en Carolina del Norte, maestra de varias generaciones, hija admirable y mujer de gran talento y cultura; en Washington conozco a una mujer que se dedica a la investigación de la energía atómica y quien a pesar de tener más de 60 años de edad, vive llena de entusiasmo por seguir trabajando y colaborando en tan importante labor.

En Guatemala conocí a una hermosa doctora en medicina que se consagra a la investigación dietética en los niños y a una famosa química que ha descubierto propiedades de algunas plantas medicinales.

En El Salvador me sorprendió agradablemente la presencia de una cirujana especialista en cáncer, su personalidad es tan destacada que cautiva a primera vista; conocí también a una ingeniera que trabaja en proyectos de construcción de escuelas y de hospitales.

En Costa Rica encontré a una joven estadística y a una hermosa agrónoma dedicada a la investigación genética de las plantas.

En Panamá tuve la oportunidad de saludar a una antigua amiga, también estadística, de personalidad indiscutible en toda América; conocí también a una destacada doctora que se dedica a la investigación en geriatría.

En Perú puedo mencionar a dos mujeres también científicas, una ingeniera y una matemática.

En Chile recuerdo con entusiasmo a una doctora, cirujana-plástica que hace cirugía reparadora a los obreros que en accidentes de trabajo pierden algún miembro. Es también chilena una geóloga muy elegante y muy femenina que pasa su tiempo en la investigación geológica de los Andes.

En Argentina, en Rosario, hay una matemática joven y entusiasta; una doctora especialista en fisiología de plantas y de animales que habitan el Polo Sur, ella vive casi siempre en la Tierra del Fuego en donde la inclemencia del tiempo no la hace perder entusiasmo por su labor brillante.

En el Uruguay y en Montevideo, conocí a dos doctoras que trabajan juntas en la investigación de la morbilidad; querían retenerme horas y horas platicándome sus experiencias y sus continuos viajes en busca de la comprobación de algún caso de enfermedades raras o erradicadas de su hermoso país.

En Brasil puedo mencionar a una mujer dedicada al estudio de la experimentación agrícola, con profundos conocimientos en matemá-

ticas y en estadística, vive en campiñas cerca de San Paulo, una de las regiones de mayor cultura en el Brasil. En Río de Janeiro tuve la oportunidad de tratar mucho a una doctora que se dedica a la investigación de las enfermedades oculares. Tiene un hermoso laboratorio con varios médicos que le ayudan en su labor tenaz y magnífica. Viajó con frecuencia a las selvas del Amazonas para observar a sus enfermos.

En La Habana, Cuba, conozco a una doctora especialista en endocrinología y a una matemática que algún día será famosa por su entusiasmo en el estudio y por su juventud con la que tanto promete.

Antes de pasar a Europa vamos a dedicar un segundo para conocer la labor de dos mujeres sencillas que trabajan en Rhajkwik, Islandia. Una de ellas se dedica a la investigación genética de los peces y la otra es una ingeniera mecánica que inventa artefactos de refacción para maquinaria agrícola.

En Islandia conocí a una mujer muy interesante que trabaja en Glasgow y que es una experta química en whiskey, la otra vive en Dublin y es una doctora especialista en cardiología. Ambas son femeninas y encantadoras.

En Escocia, en la Universidad de Aberdeen conocí a una matemática brillante y en Edimburgo a una bióloga que estudiaba las células cancerosas.

En Inglaterra conocí a una joven y hermosa experta en control estadístico de calidad, técnica de la Phillips, por cuyas manos pasan todos los aparatos de esa marca mundial y ella es responsable de que su calidad se mantenga uniforme. En Cambridge tuve amistad con una mujer cariñosa y dulce que se dedica a estudios sobre leyes de la herencia, experimenta con cuyos y hace de su profesión un verdadero apostolado.

En Holanda, en Amsterdam conocí a una famosa agrónoma y en la isla de Mencken observé el trabajo social de una doctora experta en fiebres reumáticas y en cardiología.

Bruselas, la capital de Bélgica me brindó la oportunidad de conocer a dos químicas, que son hermanas, y que se dedican al estudio del átomo como ayudantes de un famoso físico de renombre mundial. Las dos jóvenes, bellas y muy femeninas. Una de ellas estaba por casarse y dejar la investigación, pero su hermana estaba segura de encontrar pronto a otra mujer que la sustituyera.

En Alemania, en Polonia conocí a una doctora especialista en cáncer que viaja mucho por la hermosa Selva Negra descubriendo cánceres incipientes y trasladada, en su propio automóvil, a los enfermos que necesitan operación o Rayos X. En la Universidad de Franckfurt conocí a una bióloga que estudiaba la fisiología de los tejidos humanos. Su laboratorio olía a cadáver, pero su entusiasmo y su inteligencia me hicieron olvidar la repugnancia que sentí en el primer instante.

En Suiza, en Ginebra, conocí a una famosa doctora que se dedica al estudio del cerebro humano, trabaja en una clínica y en su escritorio descubrí cerebros de animales pequeños y de monos. Tenía marcados los lóbulos cerebrales con finísimas agujas que sólo su mano delicada podía desprender sin lastimar la masa encefálica. Conocí también a una ingeniera mecánica especialista en el diseño de la complicada máquina de los famosos relojes suizos.

En Austria, en Viena, conocí a dos mujeres notables, su talento y su cultura las colocan en un plano superior al de sus compatriotas. Son doctoras y se especializan en el estudio de los ojos. Su mesa de trabajo está llena de retinas de todos colores, retinas que ellas después injertan en ojos enfermos.

En el principado de Lichteinstein un pequeño país que hace pensar en un cuento de hadas, me encontré frente a una química y a una bióloga que trabajan en un laboratorio pequeño, me decían que algunas veces la noche las sorprendía entusiasmadas en su investigación científica conducida por un famoso osteópata alemán. La química estudiaba el calcio en todas sus formas y la bióloga estudiaba los tejidos óseos.

En París, entre muchas mujeres famosas, deseo mencionar a una joven consagrada a la física, al estudio de los rayos cósmicos que trabaja en un laboratorio adjunto a la Sorbona. En Niza conocí a una química que está encargada de perfeccionar los ya perfectos perfumes franceses.

En Mónaco, el pequeño principado, donde sólo piensa uno encontrar mujeres elegantes concurrentes al Casino, conocí a una matemática y a una investigadora de las enfermedades y plagas de las plantas.

En España, en Madrid conocí a una dulce mujer, religiosa y doctora, cirujana de primera línea, que jamás cobra por sus atinadas operaciones y son cientos los pobres y ricos que acuden a ella. En Barcelona conocí a una química especialista en textiles que había llevado a su país la experiencia recogida en Francia y deseaba con todo ahinco que en

Barcelona pudieran fabricarse las telas que a todas las mujeres fascinan en Francia.

En Italia, en Roma conocí a una estadística con una gran preparación en Matemáticas, y en un paseo a las ruinas de Pompeya tuve la oportunidad de conocer a una mujer dedicada a la cosmografía y que me dijo vivía en Nápoles. Me platicó tantas maravillas sobre sus estudios, que dos días después la busqué en su domicilio y juntas visitamos la famosa isla de Capri, yo siempre fascinada con su charla ágil y talentosa.

Y en Grecia, en mi visita al Partenón oí hablar de una doctora que se especializaba en poliomielitis y en otras enfermedades infecciosas. La busqué y su serenidad y su sonrisa me hicieron sentirme frente a una mujer fuerte que luchaba por arrancar a la humanidad de tan fatales azotes. Ella después me presentó con otras mujeres griegas que se dedican a la ciencia; recuerdo remotamente el rostro juvenil de una matemática que charló conmigo durante breves instantes.

Dejemos ahora Europa para trasladarnos a Continentes más lejanos. En Africa, en el Cairo, observé el trabajo maravilloso de dos egipcias cirujano-dentistas que investigaban las caries en miles de niños, estaban aplicando una combinación de fluor con no recuerdo qué otra sustancia, y además luchaban denodadamente porque se prohibiera el azúcar y los dulces a los niños.

Un poco más allá, y después de cruzar el Desierto del Sahara, en Iraq en Basra y en Bahrein encontré dos musulmanas; una dedicaba su investigación al estudio de las moscas que en esos lugares son verdadera plaga; trataba por todos los medios de evitar su reproducción y hacerlas desaparecer, su rostro cubierto por un espeso velo negro me reveló apenas que me encontraba en presencia de una mujer bella; la otra está dedicada a la cosmografía y me enseñó varios libros que había escrito en el idioma árabe. Por las figuras y las fórmulas matemáticas pensé que esa mujer conocía profundamente esta ciencia.

Seguí a Pakistán. En Karachí me fue fácil localizar a varias mujeres dedicadas a la ciencia; puedo mencionar a una bióloga dedicada al estudio de la fiebre amarilla y a una doctora especialista en tumores malignos. Las dos son jóvenes y femeninas aunque no bellas, pero su espíritu es delicado y su entusiasmo por el trabajo es único.

Mi meta era la India; amigos me esperaban en Bombay, y 24 horas después estaba yo frente a la primera figura femenina hindú dedicada

a la ciencia, famosa en el mundo entero por sus estudios sobre genética en la caña de azúcar; ella ha descubierto algunas variedades efectuando cruza y luchando contra las plagas y enfermedades. Después, en Poona, en su famosa Universidad, recogí, para continuar con ella a Bombay, a una antigua amiga que había de guiar mis pasos en el estudio del control estadístico de calidad en la industria textil, ella es una figura destacada como matemática y como estadística y además es joven y bella y ha viajado casi por todo el mundo.

Y es en la India, en el antípoda de nuestro México, en donde terminé mi relato sobre las mujeres consagradas a la ciencia, creo que esta mención de algunas de ellas habrá hecho pensar a ustedes en alguna o algunas de nuestras mexicanas queridas que también luchan por aportar su talento, su cultura y su entusiasmo a ese manantial inagotable del conocimiento científico.

Es para mi motivo de especial satisfacción consignar en estas líneas, mis calurosas felicitaciones a las mujeres mexicanas que laboran en el terreno científico; a todas ellas las admiro y se que tienen el respeto de cuantos las conocen. Para la mujer que titubea en entregarse a la actividad científica, mi sincero estímulo. Podrá triunfar ampliamente si lo desea; nada se opone, en su calidad de mujer, a que se convierta en mujer de ciencia. No piense que el conocimiento científico va a restarle feminidad, porque una de las características de ésta es el deseo de ayudar a los demás y de sentirse protegida por aquellos a quienes sirve.

La mujer de ciencia tendrá tropiezos de toda índole, pero si logra vencerlos uno a uno, alcanzará el triunfo y la satisfacción de servir a su patria y al ser humano. Ser ante todo mujer, ciudadana y científica no es una meta inalcanzable, sino absolutamente asequible.

Dejar que el trabajo en el campo de la ciencia sea patrimonio exclusivo del hombre es reducir considerablemente las posibilidades del progreso científico, porque entonces solamente la mitad del género humano contribuirá a alcanzar uno de los fines primordiales de la humanidad: el conocimiento íntegro de las leyes que rigen a la naturaleza. Que la mujer se sienta también responsable de su importante y necesaria contribución en favor de la humanidad y que, junto al hombre actúe como compañera y colaboradora en la lucha titánica y tal vez interminable de encontrar la verdad científica sobre la tierra.

ANA MARÍA FLORES